

márgenes del río eran barrosas y resbaladizas, de manera que con dificultad podían los soldados tenerse en pie. Cortés perdió una sandalia en el fango; pero continuó peleando con el pie desnudo, corriendo gran peligro, porque los indios, que pronto conocieron al caudillo, se decían unos á otros: „herid al gefe.”

Al fin ganando los españoles las orillas, pudieron ponerse en algun orden, y entonces rompieron un vivo fuego de arcabuces y ballestas. El enemigo aterrorizado con el estruendo y la luz de las armas de fuego, de las cuales no habia tenido todavia experiencia, se retiró á un parapeto formado de troncos de árboles puestos al través del camino. Los españoles, empeñados en la persecucion, pronto llegaron á estas rudas fortificaciones, é hicieron retroceder á los tabasqueños hasta la ciudad, donde volvieron á ocultarse tras de sus palizadas.

Al mismo tiempo habia llegado Avila por el lado opuesto; y los nativos, atacados improvisamente, no hicieron ya mas tentativas de resistencia, sino que abandonaron el campo á los cristianos. Habian previamente removido sus familias y efectos. Algunas provisiones cayeron en manos de los vencedores, pero poco oro, „circunstancia,” dice Las Casas, „que no les fué muy satisfactoria.” (12) Era un lugar muy poblado, y los edificios en lo general estaban contruidos de la mejor clase de cal y piedra, manifestando que los habitantes tenian un refinamiento superior á los de las otras islas, así como su intrépida defensa habia dado pruebas de su mayor valor (13).

Dueño Cortés de la ciudad, tomó formal posesion de ella para la corona de Castilla. Dió tres golpes con su espada en un grande árbol de ceiba que crecía en el lugar, y proclamó en voz alta que entraba en posesion de la ciudad á nombre y para los soberanos católicos, la cual sostendria y defenderia con espada y escudo contra aquel que la contradijese. La misma pomposa protesta se hizo por los soldados, y todo fué debidamente escrito y autorizado por el notario. Esta era la sencilla pero cabaleresca y comun fórmula con que los caballeros españoles aseguraban los derechos de la corona á los territorios conquistados en el Nuevo Mundo. Era sin duda, un buen título contra las pretensiones de otro cualquiera potentado europeo. El general estableció sus cuarteles aquella noche en el atrio del templo principal. Colocó centinelas en diver-

(12) „Halláronlas llenas de maiz é gallinas y otros bastimentos, oro ninguno, de lo que ellos no recibieron mucho placer.” Hist. de las Ind., MS., ubi supra.

(13) P. Martir de Anglería trae una brillante pintura de esta capital India. „Ad fluminis ripam protentum dicunt esse oppidum, quantum non ausim dicere: mille quingentorum passuum, ait Alaminus nauclerus, et domorum quinque ac viginti millium: strintgunt alij, ingens tamen fatentur et celebre Hortis intersecantur domus, quæ sun, egregiè lapidibus et calce fabrefactæ, maximá industriâ et architectorum arte.” (De Insulis, p. 349.) Con su acostumbrado talento inquisitivo, reunió todos los particulares del anciano piloto Alaminos y de dos de los oficiales de Cortés que volvieron á España en el curso de aquel año. Tabasco estaba en las cercanías de aquellas arrcadas ciudades de Yucatan, que han sido últimamente el tema de tantas especulaciones. Los encomios de este escritor no son tan notables como la apatía de otros historiadores contemporáneos.

sos puntos, y tomó todas las precauciones acostumbradas en la guerra con enemigos civilizados; pero ciertamente habia razon para ello. Un silencio sospechoso reinaba en toda la ciudad y sus inmediaciones, y se tuvo noticia de que el intérprete Melchorejo habia huido, dejando sus vestidos europeos colgados en un árbol. Cortés se inquietó mucho por la desercion de este hombre, que no solo informaria á sus compatriotas del pequeño número de los españoles, sino que disiparia las ilusiones que pudieran haber concebido acerca de su distinta naturaleza.

La mañana siguiente, como que no eran visibles las huellas de los enemigos, mandó Cortés salir dos destacamentos, uno á las órdenes de Alvarado, y otro bajo las de Francisco de Lugo, con el objeto de hacer un reconocimiento. No habia caminado este último oficial una legua, cuando descubrió la posicion de los indios por haberle atacado con tal ímpetu, que se vió obligado á refugiarse en un grande edificio de piedra, donde fué estrechamente sitiado. Por fortuna los horribles aullidos de los asaltantes, que como las mas de las naciones bárbaras, procuraban infundir terror con sus feroces gritos, llegaron á los oidos de Alvarado y sus soldados, y avanzando rápidamente al auxilio de sus camaradas, los pusieron en disposicion de abrirse paso por en medio del enemigo. Ambas partidas se retiraron perseguidas muy de cerca á la ciudad, donde Cortés saliendo á su socorro, obligó á los tabasqueños á volver atrás.

Unos cuantos prisioneros fueron hechos en esta escaramuza, y por ellos supo el conquistador que se habian realizado sus temores. Todo el pais estaba sobre las armas. Una fuerza compuesta de muchos miles de hombres venidos de las provincias vecinas, se habia organizado, y estaba convenido un asalto general para el dia siguiente. Preguntando Cortés por qué se le habia hecho un recibimiento tan diverso del que tuvo su predecesor Grijalva, le contestaron que, „la conducta de los tabasqueños habia entonces ofendido mucho á las otras tribus, tanto que los acusaron de traicion y cobardía, por lo que habian prometido que al regreso de los hombres blancos les resistirian de la misma manera que lo habian hecho sus vecinos” (14).

Cortés debió entonces sentir haberse desviado del objeto directo de su empresa, y verse comprometido en una guerra dudosa que podia conducirle á un resultado no muy favorable; pero era ya demasiado tarde para arrepentirse: habia dado el primer paso; y no quedaba otra alternativa que la de seguir adelante. La retirada habria desanimado á sus soldados en el principio mismo de la empresa, extinguido la confianza que tenian en él, y alentado la arrogancia de los enemigos, al paso que las noticias de estos sucesos podian precederle en su viaje y prepararle el camino para mayores mortificaciones y reveses. No vaciló, pues, en la conducta que debia observar, sino que reuniendo á sus oficiales les anunció la resolucion de dar el combate la mañana siguiente (15).

(14) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 31 y 32.—Gomara, Crónica, cap. 18.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 118 y 119.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 78 y 79.

(15) Segun Solis, que trae el discurso de Cortés en esta ocasion, reunió un con-

Mandó á las naves á los que estaban inhabilitados por sus heridas, y ordenó que el resto de las fuerzas se uniera al campo. Se desembarcaron tambien seis cañones de grueso calibre, y toda la caballería. Los animales se hallaban entumecidos y torpes por el largo encierro que habian sufrido á bordo; pero unas pocas horas de ejercicio les volvieron su fuerza y acostumbrado brio. Dió el mando de la artillería, si puede ser honrada con este nombre, á un soldado llamado Mesa, que habia adquirido alguna experiencia como ingeniero, en las guerras de Italia. Puso la infantería bajo las órdenes de Diego de Ordaz, y se encargó él mismo de la caballería. Componíase esta de algunos de los caballeros mas valientes de su pequeña compañía, entre quienes pueden mencionarse Alvarado, Velazquez de Leon, Avila, Puertocarrero, Olid, y Montejo. Hechos así todos los preparativos necesarios y convenido el plan de ataque, se retiró á descansar, pero no á dormir. Su febricitante imaginacion, como puede suponerse, estaba llena de ansiedad por los acontecimientos que debian tener lugar la mañana siguiente, y que acaso podian decidir del éxito de su expedicion. Como acostumbraba en tales ocasiones, se le vió en el transcurso de la noche ir con frecuencia á rondar el campo, á visitar los centinelas y á cuidar de que ninguno se durmiera en su puesto.

Con el primer destello de la mañana pasó revista á las tropas, y declaró su intento de no esperar el asalto del enemigo encerrado en la ciudad, sino marchar de una vez contra él, pues bien conocia que el valor se excita con la accion, y que la parte que ataca, confia en el mismo momento del combate, lo cual no sucede á la que está pasivamente y acaso con temor, esperando el ataque. Se sabia que los indios estaban acampados en una llanura, pocas millas distante de la ciudad, nombrada el llano de Ceutla. El general ordenó que Ordaz marchase directamente con la infantería y artillería atravesando el pais, y que los atacase de frente, entre tanto que él mismo dando una vuelta con la caballería, ó los flanqueaba cuando estuvieran comprometidos en la accion, ó caia sobre ellos por la retaguardia.

Habiéndose completado estas disposiciones, el pequeño ejército asistió á la misa y despues salió de los muros de Tabasco. Era el dia de nuestra Señora, 25 de marzo, memorable por mucho tiempo en los anales de Nueva-España. El distrito cercano á la ciudad estaba lleno de sementeras, y las partes bajas sembradas de cacao que ministraba la bebida, y acaso la moneda del pais como en Méjico. Necesitando estos plantíos constante riego, se les proporcionaba por medio de numerosos canales y depósitos de agua, de manera que el pais no podia atravesarse sin mucho trabajo y dificultad. Estaba sin embargo, cortado por un estrecho camino ó calzada, por la cual podian conducirse los cañones.

Avanzaron las tropas mas de una legua en su penosa marcha sin descubrir al enemigo. Era el tiempo caluroso; pero pocos de los soldados iban embara-

sejo de sus capitanes para que le indicaran el camino que debia seguir. (Conquista, cap. 19.) Es posible que así fuera, pero no lo encuentro apoyado en ninguna autoridad.

zados con la pesada armadura usada en aquel tiempo por los caballeros españoles. Sus gruesas cotas de algodón, proporcionaban una mediana defensa contra las flechas de los indios, y dejaban lugar á la libertad y ligereza de movimientos esencialmente necesarias á una vida de errantes aventuras en el desierto.

Al fin avistaron los extensos llanos de Ceutla, y vieron las obscuras filas del enemigo, extendiéndose hasta donde podia alcanzar la vista á lo largo del horizonte. Los indios habian mostrado alguna sagacidad en elegir aquella posicion; y luego que vieron caminar con paso tardío á los fatigados españoles por en medio de las ciénagas, prorumpieron en horribles gritos de guerra y despidieron nubes de flechas, piedras y otras armas arrojadas, que sonaban como granizo en los escudos y yelmos de los asaltantes. Muchos fueron heridos gravemente antes de que pudieran ganar la tierra firme, mas luego que lo consiguieron, pronto tuvieron espacio en que desplegar sus movimientos, y rompieron un vivo fuego de cañon y fusilería sobre las apiñadas columnas del enemigo que presentaba un blanco seguro á sus balas. Considerable número caia en cada descarga, pero los intrépidos bárbaros, lejos de desmayar, arrojaban arena y hojas de árboles sobre los cadáveres para ocultar sus pérdidas, y tañendo sus instrumentos de guerra, despedian en recompensa nuevas flechas de sus arcos.

Atacaban mas de cerca á los españoles: cuando eran rechazados por una vigorosa resistencia, volvian otra vez á la carga; y agitándose como las olas del océano, parecian prontos á agobiar al pequeño ejército con el peso de su número. Oprimidos de esta manera los españoles, casi no tenian terreno para ejecutar las evoluciones necesarias ó para hacer jugar su artillería con efecto (16).

Habia ya durado el combate mas de una hora, y los españoles valerosamente acometidos, esperaban con ansiedad la llegada de la caballería, que por algun obstáculo insuperable, se habia detenido para que los libertara de aquella peligrosa posicion. Hallándose en esta terrible crisis, vieron que las últimas columnas del ejército enemigo se agitaban y se ponian en un desórden que rápidamente se comunicó á todas las masas. Poco despues, los oidos de los cristianos fueron saludados con el grito consolador de guerra, „Santiago y San Pedro,” y vieron las brillantes celadas y relucientes espadas de la caballería castellana que relampagueaban con los rayos del sol de la mañana mezclándose en las filas de los enemigos, hiriendo á derecha é izquierda, y esparciendo en torno suyo el terror y la muerte. Los ojos de la fe pudieron tambien distinguir al mismo santo patron de España cabalgando en su corcel blanco de guerra, dirigiendo el combate, y hollando los cuerpos de los moribundos infieles (17).

(16) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 119.—Gomara, Crónica, cap. 19 y 20.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 4, cap. 11.—P. Martir de Anglería, de Insulis, p. 350.—Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 79.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 33 y 36.—Carta de Veracruz, MS.

(17) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 79.

„Cortés supuso que San Pedro era su santo tutelar,” dicen Pizarro y Orellana, „pero la comun é indudable opinion, es que lo fué nuestro glorioso apóstol Señor

Habiase demorado Cortés por lo quebrado del terreno. Cuando llegó estaban los indios tan vivamente empeñados en la acción, que cayó sobre ellos antes de que pudieran observar que se aproximaba. Mandó á los soldados dirigiesen sus lanzas al rostro de los enemigos (18), los que asombrados con su monstruosa aparición, pues suponían que el caballero y el brioso animal que montaba, que jamás habían visto, eran una misma cosa (19), fueron sobrecogidos de un terror pánico. Ordaz se aprovechó de esta circunstancia para mandar una carga general sobre toda la línea, y los indios arrojando muchos de ellos las armas, huyeron sin intentar más resistencia. Cortés estaba demasiado satisfecho con la victoria para que quisiera continuarla empapando su espada en la sangre de los fugitivos. Llevó á sus soldados á un bosquecillo de palmas que había á orillas del lugar, y debajo de los anchos doseles que formaban sus hojas, ofrecieron acciones de gracias al Todopoderoso por la victoria que les había concedido. El campo de batalla se convirtió en el sitio de una ciudad llamada, en honor del día en que tuvo lugar el encuentro, „Santa María de la Victoria,” mucho tiempo después capital de la provincia (20). El número de los que pelearon, así como el de los que sucumbieron en esta jornada, es enteramente dudoso. Nada es más incierto que los cálculos numéricos de los bárbaros, y nada ganan tampoco en probabilidad cuando provienen como en el caso presente de sus enemigos. Sin embargo, los más convienen en que las fuerzas de los indios consistían en cinco escuadrones de ocho mil hombres cada uno. Hay mayor duda en cuanto al número, variando desde mil hasta treinta mil. En esta monstruosa discordancia, la propensión común de los escritores á exagerar, debe hacernos buscar la verdad en el número más pequeño. La pérdida de los cristianos no fué considerable, no excediendo, si damos crédito á sus partes que probablemente disminuyen mucho la verdad por las mismas causas, de dos muertos y menos de cien heridos. Fácilmente comprenderemos los sentimientos de los conquistadores cuando declararon: „el cielo debe haber peleado por nuestra parte, puesto que nuestra fuerza nunca podía haber prevalecido contra tal multitud de enemigos” (21).

Santiago, baluarte y salvaguardia de la nacion.” (Varones Ilustres, p. 73.) „Pecador de mí,” exclama el honrado Bernal Diaz con la expresion más escéptica, „que no se me permitió ver en esta ocasion á ninguno de los dos apóstoles.” Hist. de la conquista, cap. 34.

(18) Era la orden, como recordará el lector, dada por César á sus tropas en la batalla con Pompeyo:

„Adversosque jubet ferro confundere vultus.”

LUCAN, Pharsalia, lib. 7, v. 575.

(19) „Equites,” dice Pablo Giovi, „unum integrum Centaurorum specie animal esse existimarent.” Elogia Virorum Illustrum, (Basil., 1696,) lib. 6, p. 229.

(20) Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, p. 11.

(21) „Crean vuestras Reales Altezas por cierto, que esta batalla fué vencida más por voluntad de Dios que por nuestras fuerzas, porque para con cuarenta mil hombres

Varios prisioneros fueron hechos en la batalla, y entre ellos dos gefes. Cortés les concedió su libertad, y envió con ellos á sus compatriotas un mensaje, diciéndoles, „que olvidaria lo pasado si venían inmediatamente á mostrar su sumision. Que de otra manera arrasaria el país, y pasaria á todos los habitantes, hombres, mugeres y niños, al filo de la espada.” Partieron los enviados sonando todavía en sus oídos esta formidable amenaza.

Pero los tabasqueños no estaban dispuestos á ulteriores hostilidades. Un cuerpo de gefes de segundo orden apareció el día siguiente, vestidos con trajes negros de algodón, que indicaban su pesar y amargura, pidiendo permiso para sepultar los cadáveres de sus guerreros. Fuéles concedido por el general con muchas protestas de su amigable disposicion; pero al mismo tiempo les anunció que esperaba á los principales caciques, pues estaba resuelto á no tratar con otros. Pronto se presentaron aquellos, acompañados de una numerosa comitiva de vasallos, que atravesaban con tímida curiosidad el campo cristiano. Entre los presentes propiciatorios, se contaban veinte esclavas, quienes por el carácter de una de ellas, resultaron ser mucho más importantes de lo que pudieron esperar tanto los españoles como los tabasqueños. Pronto se restableció la confianza, siendo sucedida de una comunicacion amistosa, y del cambio de baratijas españolas por las toscas producciones del país, alimentos, telas de algodón y unos pocos adornos de oro de poco valor. Cuando se les preguntó de dónde se proporcionaban el precioso metal, señalaron al Oeste diciendo: „Culhua,” „Méjico.” Los españoles vieron que este no era lugar propio para detenerse; y sin embargo, aquí se hallaban no muchas leguas distantes de una poderosa y opulenta capital, ó de la que en un tiempo lo había sido, la antigua ciudad del Palenque. Pero su gloria podía haber entonces extinguidose y su nombre haber sido olvidado por las naciones vecinas.

Antes de su partida, no olvidó el comandante español atender al grande objeto de su expedicion, la conversion de los indios. Manifestó primero á los caciques, que había sido enviado allí por un poderoso monarca del otro lado de los mares, cuya alianza tenía ya derecho de reclamar. Luego previno á los RR. PP. Olmedo y Diaz ilustraran sus entendimientos hasta donde fuera posible con respecto á las grandes verdades de la revelacion, instándoles á trocarlas por sus heréticas abominaciones. Los tabasqueños, cuyas percepciones no estaban sin duda poco vivificadas con la leccion que habían recibido, hicieron poca resistencia á una y otra propuesta. El día siguiente era domingo de Ramos, y el general determinó celebrar su conversion con una de aquellas pomposas ceremonias de la Iglesia, que debían producir una impresion perdurable en sus mentes.

de guerra, poca defensa fuera cuatrocientos que nosotros éramos.” (Carta de Veracruz, MS.—Gomara, Crónica, cap. 20.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 35.)

Las Casas regulando, como acostumbra sus matemáticas por sus sentimientos, es quien estima la pérdida de los indios en el exorbitante número citado en el texto. „Esta,” concluye amargamente, „fué la primera predicacion del evangelio por Cortés en Nueva España.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 119.

Se formó una solemne procesion de todo el ejército con los eclesiásticos á la cabeza, llevando cada soldado un ramo de palma en las manos, y el concurso se aumentó progresivamente con millares de indios de ambos sexos que seguian llenos de curiosa admiracion el espectáculo. Las largas filas se dirigieron por entre las florecientes praderas que circundaban la ciudad al templo principal, donde se erigió un altar, y la imágen de la deidad que presidia, fué depuesta para hacer lugar á la de la vírgen con el niño salvador en sus brazos. Celebró misa el padre Olmedo, y los soldados que eran capaces le acompañaron en los solemnes cantos. Escuchaban los nativos con profundo silencio; y si hemos de creer al cronista que presenció este acontecimiento, se deshacian en lágrimas, al mismo tiempo que se infundia en sus corazones un temor reverencial hácia el Dios de estos terribles guerreros, que parecia gobernaban con sus manos los truenos y los rayos (2).

La religion católica romana, debe confesarse, tiene algunas ventajas decididas sobre la protestante para el fin de hacer prosélitos. La deslumbrante pompa de sus ceremonias, y su patética interpelacion á la sensibilidad, afectan la imaginacion del rudo hijo de la naturaleza mas intensamente que las frias abstracciones del protestantismo, que dirigiéndose solo á la razon, exigen un grado de refinamiento y cultura mental en el auditorio para comprenderlas. Además, el respeto mostrado por los católicos á la representacion material de la divinidad, facilita en gran manera el mismo objeto. Es cierto que tales representaciones se usan como incentivos mas bien que como objetos de culto; pero esta distincion no era perceptible al salvaje que encontraba tales formas de adoracion demasiado análogas á las suyas, y que por lo mismo no se hacia gran violencia á sus sentimientos, como que se le exigia únicamente trasladar su homenaje del simulacro de Quetzalcoatl, la benéfica deidad que habia habitado entre los hombres, al de la Vírgen ó del Redentor. De la cruz que habia venerado, como emblema del Dios de la lluvia, al mismo signo como símbolo de salvacion.

Concluida la solemnidad, se preparó Cortés á volver á sus embarcaciones, bastante satisfecho de la impresion hecha en los recién convertidos, y con las conquistas que habia adquirido para Castilla y para la cristiandad. Los soldados, despidiéndose de sus amigos indios, entraron en los botes con palmas en las manos, y bajando el rio volvieron á bordo de sus buques que estaban anclados á la entrada de él. Soplabá una brisa favorable, y la pequeña armada, desplegando sus velas para recibirla, pronto se vió otra vez caminando para las doradas playas del imperio mejicano.

(22) Gomara, Crónica, cap. 21 y 22.—Carta de Veracruz, MS.—P. Martir de Anglería, de Insulis, p. 351.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., ubi supra.

CAPITULO V.

VIAJE A LO LARGO DE LA COSTA.—DOÑA MARINA.—DESEMBARCAN LOS ESPAÑOLES EN MEJICO.—ENTREVISTA CON LOS AZTECAS.

1519.

Caminaba la flota tan cerca de la playa, que podia distinguirse á los que la habitaban; de manera que al pasar por las tortuosas orillas del golfo, los soldados que habian acompañado á Grijalva, señalaban á sus camaradas los lugares memorables de la costa. Aquí estaba el *rio de Alvarado*, llamado así posteriormente en honor del valiente aventurero, que iba entonces en esta expedicion: allí el *rio de Banderas*, en el cual habia entablado Grijalva un comercio tan lucrativo con los mejicanos; y mas adelante la *isla de los Sacrificios*, donde los españoles encontraron por la primera vez vestigios de sacrificios humanos en la costa. Al escuchar Puertocarrero estos recuerdos de los marineros, repetia las palabras del antiguo romance de Montesinos: „aquí está Francia; allí Paris, y allá las aguas del Duero &c.” (1). „Pero yo os aconsejo,” añadió volviéndose á Cortés, „cuidaros solo de las ricas tierras y del mejor medio de gobernarlas.”—„No temais,” replicó el comandante; „si la fortuna me favorece como á Orlando, y tengo caballeros tan valientes como vos por compañeros, yo me entenderé muy bien con lo demas” (2).

La armada habia arribado entonces á San Juan de Ulúa, isla nombrada así por Grijalva. El tiempo era templado y sereno, y multitud de nativos se veian reunidos en la playa del continente, contemplando el extraño fenómeno para ellos de los buques, que caminaban con poca vela sobre el manso seno de las aguas. Era la tarde del juéves de la semana santa: una brisa suave venteaba en la proximidad de la costa, y Cortés, agradándole el paraje, creyó que podria anclar con seguridad á sotavento de la isla, la cual le defenderia de los nortes que soplan en estos

(1) „Cata Francia, Montesinos,
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas de Duero
Do van á dar en la mar.”

Son las palabras de un antiguo romance popular, que segun me parece, se publicó primero, en el romancero de Ambéres, y últimamente por Durán, romances caballerescos é históricos, parte 1, p. 82.

(2) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 37.